

EN MEMORIA DE SAMUEL AMELL

JOSÉ MARÍA MERINO

EL HOTEL DE LOS ERRANTES

Tras los trámites en la recepción del hotel, al entrar en el ascensor me siguió un tipo alto, algo desgredado, con una enorme cicatriz en una sien, que olía bastante a alcohol. Antes de apretar el botón del quinto piso quise saber a dónde iba él, y sacudió la cabeza con energía aquiescente antes de farfullar algo ininteligible y estrechar mi mano con entusiasmo. Al llegar al piso, le señalé la puerta que se abría pero me miró sin decir nada, con aire distraído, y continuaba dentro después de salir yo, cuando las puertas se cerraron.

Abrí el maletín, cambié el jersey por la chaqueta, dejé la habitación y tomé otra vez el ascensor para ir a la cena con los colegas. Dos pisos debajo del mío el ascensor se detuvo: ante la puerta estaba aquel hombre con aire desorientado, que dejó que la puerta se cerrase otra vez sin hablar. Me lo volví a encontrar dentro del ascensor por la noche, cuando regresé de la cena. Esta vez me preguntó en inglés si era español, de nuevo estrechó mi mano con efusión y continuó dentro del ascensor cuando lo abandoné en mi piso.

La anécdota era curiosa y se la conté a mis colegas antes de la reunión del día siguiente, pero nadie me prestó atención, y ese desinterés se mostró a lo largo de toda la mañana, incluso ante mis intervenciones. Fue cuando descubrí que tenía toda la ropa llena de desgarrones. Por la tarde, en la nueva reunión, sentí con claridad que yo no parecía existir para mis compañeros: no me hablaban ni contestaban a mis preguntas, y era patente que sus miradas nunca se centraban en mí.

Nadie me invitó a acompañarlos a cenar, y en el ascensor del hotel me encontré de nuevo al extranjero desgredado, que seguía apesando a alcohol, que esta vez me siguió mientras recorría el pasillo intentando recordar el número de mi habitación y sin encontrar la llave en ninguno de mis bolsillos.

Desde entonces he recorrido sin cesar los pasillos del hotel, subo y bajo en los ascensores, a veces con el extranjero de la cicatriz, a veces solo. No tengo hambre ni sed, no me canso, no me acuesto, y al parecer soy invisible e intangible para todos.

De repente, esta tarde ha salido del ascensor una mujer que fijó en mí sus ojos, lo que nadie había hecho en mucho tiempo. Me acerqué a ella con un saludo, estreché su mano. Como si no me hubiese entendido, se alejó con aire confuso en busca de su habitación, pero yo ya sabía que tenía demasiado reciente su separación de la realidad, y que pronto nos acompañaría al borracho y a mí en nuestro interminable errar invisible por los pasillos del hotel.

HORÓSCOPO

Cuando murió su madre, Alfredo descubrió en la casa familiar ciertas fotos de su infancia que nunca había visto y en las que, junto a su nombre, figuraban fechas manuscritas que lo desconcertaron. Nacido el 25 de febrero de 1951, se quedó un poco perplejo cuando en una de las fotos de un niño pequeño encontró al dorso que la letra de su madre había escrito: "Alfredín a los 8 meses, 25 de agosto de 1952". Había otras cuatro fotos tuyas infantiles con una anotación mensual semejante, aunque referida a diferentes momentos, y los cálculos llevaban en todos los casos su fecha de nacimiento al 25 de diciembre de 1950, dos meses antes de la que él había creído que era la verdadera. Pensó que habría algún error, pero era imposible que el error se repitiese tantas veces y con idéntica precisión. No pudo conocer por qué lo habían engañado sobre el verdadero día en que nació, pero lo que lo desorientó extremadamente fue el cambio de horóscopo: ya no era un Piscis, dulce, afable, tolerante, romántico, creativo, sino un Capricornio, realista, exigente, ambicioso, responsable, práctico. Aquella revelación fue decisiva en su vida: abandonó la poesía, se dedicó plenamente al negocio familiar, y hoy, mientras recorre en su yate el mar Egeo, piensa en el signo cardinal que lo protege y en los inescrutables caminos del destino.

CENIZAS

Como se habían amado tanto, acordaron que, tras la muerte de los dos, incinerados sus cuerpos, sus cenizas se guardasen en la misma urna, y que así mezcladas fuesen esparcidas por su hija en diversos lugares donde habían sido felices. Ponerse de acuerdo los llevó mucho tiempo, pero al fin decidieron que serían esta cala, aquella playa, ese jardín, tal lugar de un monte, un pequeño valle montaños, aquel río de aguas transparentes, el prado ante aquella ermita, lugares muy distantes unos de otros y algunos situados en espacios abruptos, de difícil acceso. La hija y su marido, otro matrimonio feliz, comenzaron a cumplir los deseos de la pareja: visitaron la cala, la playa, el jardín, el monte, depositando en cada lugar una porción de las cenizas, pero las distancias y los accesos comenzaron a hacer cada vez más penosa la obligación, y surgieron disensiones entre ellos. En el sexto vertido ya estaban muy enfrentados. Tras el séptimo y último, se divorciaron.

AUTOFICCIÓN

El cielo está oscuro y es probable que llueva hoy. Conecto el ordenador y me pongo a escribir. ¿Cómo no admirar a esos autores capaces de crear *autoficciones*? Se levantan, se aseo, desayunan, se visten, cogen su maleta, van al aeropuerto, llegan a Zurich, visitan la tumba de este o de aquel famoso colega, en el hotel donde durmió el gran Zam Bombi reflexionan sobre el acto creador, recuerdan a Melville, observan luego la calle desde el balcón, levantan minucioso testimonio de todo ello, y, sobre todo, son mis maestros, pues con júbilo compruebo que, mientras estoy escribiendo esto, ¡yo también estoy creando *autoficción*!

MINICUENTO BREVÍSIMO

Me pidieron el cuento más breve posible para una antología. Cuando se lo envié, les pareció demasiado largo, pero lo publicaron. Dice así: “No érase ninguna vez”.